

HOY quisiera, en vez de seguir leyendo, reflexionar sobre lo ya leído. Es bueno poder aprovechar la libertad que me otorga TRIUNFO, sin verme forzado a la semanal o quincenal reseña aislada del libro "que toque". Mas, por otra parte, también es bueno leer, seguir leyendo. La mayor parte de las gentes de mi edad ya no leen, hace tiempo que dejaron de hacerlo. Lo que hacen es releer una y otra vez, abriéndolos por aquí o por allá, los libros más amados. Y cuando alguna vez, por azar, uno nuevo cae en sus manos, únicamente buscan en él la corroboración de lo que ya creen saber de antemano, o bien, al contrario, el "maniqueo" a quien refutar. Es verdad que también existe la especie de los devoradores de libros, pero el resultado no es mucho mejor. En la época en que yo tenía relación con el profesor Fraga solía recibir todos sus libros, repletos siempre de la bibliografía pertinente, probablemente leída y no simplemente citada. Sin embargo, me llamaba la atención el hecho curioso de que libros importantes que yo conocía bien eran puntualmente citados, sí, pero casi nunca por lo que aportaban de verdaderamente original. Estoy convencido, en suma, de que la mayor parte de las gentes del oficio, cuando llegan a la madurez, o no leen o no les sirve de nada leer (salvo cuando plagian). Felizmente, hay cada vez más lectores que, desinteresadamente, procuran enterarse de lo que los libros dicen y que, después, meditan sobre ello. Esto último es lo que yo pretendo hacer hoy.

En los seis artículos hasta ahora aparecidos en esta sección hemos leído a siete escritores: Agustín García Calvo, Simone de Beauvoir y Françoise Sagan, Wittgenstein, o, mejor dicho, un excelente libro sobre él; Rollo May, R. D. Laing y Walter Benjamin. Hemos evitado, y continuaremos evitando, entrar en la crítica de libros de creación estrictamente dicha. (El libro de Françoise Sagan no fue leído por su valor novelesco, bastante modes-

to, sino en cuanto autobiográfico testimonio de una época cultural.) Pero en la "serie" siguiente, es decir, a continuación de este artículo, nos ocuparemos de obras sobre teoría de la literatura y crítica literaria.

El punto de partida de nuestra reflexión de hoy va a ser el lenguaje. El lenguaje, no como actividad separada —actividad verbal, estudiada en sí misma del modo más aséptico, "profesional", descomprometido moralmente y, por tanto, en definitiva, sociopolíticamente "ajustado" al sistema establecido—, sino, muy al contrario, enraizado en la sociedad, sociedad que en el caso de Wittgenstein —nuestro punto de partida— fue la vienesa de la entreguerra. La corrupción de ésta se hallaba puesta de manifiesto, tal fue la tesis de su maestro, Karl Kraus, en la de su lenguaje. Y por eso mismo, de aque-

visión mágica y mística de la realidad.

Wittgenstein no habló el lenguaje de su sociedad. Por eso hubo de expatriarse. Pero en su país de —relativa— adopción acabó por hacerse decir lo que allí interesaba. Tampoco Agustín García Calvo habló el lenguaje —absolutamente adulterado— de nuestra sociedad, y también por eso se ha expatriado, y cuando desde lejos quiere hacernos oír su voz ha de hacerlo, para que nos llegue, en lenguaje hermético, bajo un título griego, ni siquiera latino, en un libro desanimador, tan bello como difícilmente accesible.

Han sido estas las obras de dos "excomulgados", el uno con todos los honores filosóficos, sin ningún honor el otro, quien más bien fue "excomulgado". (El giro que hasta un determinado momento en el curso de su expediente administrativo se dio a

teoría psicológica y psicológico-social de las actitudes y los roles. Sin embargo, al poco tiempo los estudiantes-presos se habían convertido en presos, y los estudiantes-carceleros, en carceleros: su repertorio de actitudes y reacciones, modos de sospechar de los otros y de conducirse en relación con ellos, todo su comportamiento, era semejante al de quienes a pocos metros de distancia estaban "de verdad" encarcelados o eran "de verdad" carceleros. Hasta tal punto la sociedad, incluso una sociedad artificialmente formada, a efectos meramente experimentales, puede conformar el modo de ser y hacer caer en su propia trampa. La vida es teatro, y el quehacer, papel.

Walter Benjamin no se sometió a su papel, a ningún papel. Ni al académico, en un extremo, ni al revolucionario disciplinado, en el otro, o al de miembro ortodoxo de la escuela de Frankfurt, en medio. Y así vagó por su tiempo, excomulgado también, exiliado también y muerto en el exilio. No dejó un "sistema". Sólo —nada menos— un puñado de preciosas intuiciones, de geniales anticipaciones.

¿Es la excomunicación, es el exilio —expatriación o exilio interior— el destino de todo auténtico intelectual de nuestro tiempo? La nueva invención, la de estos años pasados, ha sido el exilio interior colectivo, la común, la retirada de este mundo corrompido y la vuelta a la "inocencia". Contra la tentación de la inocencia nos previene Rollo May. No podemos recuperar la paradisiaca inocencia perdida. Ser hombre es no ser ya inocente. Pero lo opuesto a esa inocencia no es la culpabilidad: es, tiene que ser, debe ser, el poder. Mientras no vivamos en una sociedad justa, de poder democrático, el aparente dilema, ya que no podemos volver a la inocencia, consiste en ser impotentes o ser violentos. Escapar por completo a ese dilema es imposible. Pero podemos luchar sin internalizar, sin "institucionalizar" en nosotros mismos la violencia. Que ésta, si ocurre, sea desencadenada en el curso de los acontecimientos, no convertida en "estructural", como dicen ahora hasta los obispos, no hecha base de sustentación de un sistema, ni tampoco carne y sangre de nosotros mismos.

Termino ya. Una inteligente amiga me decía que sin conocer el libro de Rollo May estaba casi segura de que yo decía cosas que él nunca pensó. Es posible. Decía al principio que es menester seguir leyendo, aprendiendo. Sí, pero para ir un poco más allá. Y para poder decirlo. A las reglas que nos dio Brecht cabría agregar otra: Atribuir a otros, extranjeros, poco conocidos, lo que nosotros, libres, diríamos. Es casi la absoluta impotencia. Mas ese "casi" nos salva, por un pelo, de ella.

JOSE LUIS L. ARANGUREN

UN ALTO EN LA LECTURA

La sociedad surgió poco después la primera Crítica del Lenguaje —Neue Beiträge zu einer Kritik der Sprache—, la de Fritz Mauthner, citado en el Tractatus. El hecho de que sea un típico filósofo británico, Stephen Toulmin, quien ha devuelto a la obra de Wittgenstein —para muchos el primer filósofo del siglo XX— su profundo arraigo sociocultural es un síntoma más de la insatisfacción que están produciendo la estrecha interpretación "inglesa" de aquél y su consecuencia, la llamada filosofía lingüística. Insatisfacción perceptible también en algunos de nuestros mejores filósofos jóvenes. Pienso particularmente en mi antiguo y querido discípulo Javier Muguerza, que está ensayando una salida de esa filosofía, no al modo usual entre nosotros, sin tomarse previamente el trabajo de entrar, sino desde dentro de ella.

Lenguaje y sociedad: justamente el tema del libro de Agustín García Calvo, la sociolingüística en su más profundo sentido, la imposibilidad de separar, ni casi distinguir, una sociedad y su lengua. La nueva lectura de Wittgenstein pone de relieve en él su raíz ética y su trascendencia mística. La autocritica de García Calvo desemboca también en una

éste tuvo literalmente un carácter "inquisitorial".) El tema de la excomunicación nos hace enlazar con los libros de Laing y, a través de ellos, con los de Walter Benjamin y Rollo May.

R. D. Laing nos ha hecho ver el modo como la familia, la sociedad, anulan a quienes se resisten a aceptar el papel que se les atribuye, a los que se sublevan, se rebelan, luchan: aplicándoles el estigma de "locos", y en casos extremos, cuando han escapado al manicomio, el de criminales. La alternativa es la sumisión o la subversión. Y adviértase que la segunda no es incompatible con la primera: es posible "aceptar", es decir, internalizar y representar el rol de loco o el de bandido, como en el drama de Schiller. Hace varios meses, un grupo de estudiantes de Psicología de la Universidad de California, de Santa Bárbara, llevaron a cabo, en la prisión de Lampoc, no lejos de aquella ciudad, un experimento de asunción de actitudes y papeles. Obtenida la correspondiente autorización, en un pabellón de la cárcel una parte de aquellos estudiantes se dedicó a representar el papel de presos, y otra, el de carceleros. Todos sabían perfectamente no sólo, claro, que estaban participando en una mera ficción, sino toda la